

LOS DESAFÍOS DE LA COMUNIDAD FORMATIVA HOY

Formar personas para la comunión – La comunión forma las personas

0. Nota del autor:

- ✓ Este artículo tiene como objetivo profundizar en las mutuas relaciones que existen entre “formación” y “comunidad”. Partiendo de que la formación nos dispone y capacita para integrarnos en una “comunidad de vida”¹, y que la “comunidad de vida” es un *ámbito* privilegiado de formación².
- ✓ También me propongo como objetivo describir algunas herramientas, instrumentos, que son muy aptas para *formar* para la “vida fraterna” y para *vivir* una auténtica vida de fraternidad, inspirada en la “espiritualidad de comunión”.
- ✓ Por tanto no se deben buscar en este escrito “teorías” sobre la Vida comunitaria, ni diagnósticos sobre las dificultades que hoy enfrentamos para vivirla. Muchas de esas cosas se encontrarán, y muy bien dichas, en la Circular N° 12 de David Fleming. No se trata de repetir³.
- ✓ Los destinatarios son, especialmente, los formadores y animadores de comunidades. Pero puede ser útil a cualquier hermano que se sienta llamado a examinar y profundizar su propia vivencia de la fraternidad. Todos estamos en formación permanente, y “hacerse hermano”⁴ es un proceso que dura toda la vida.

1. Presupuestos:

Quiero señalar sucintamente los presupuestos fundamentales desde los que surge mi reflexión.

- a. La comunidad no es un fin en sí misma. Nuestra comunidad, como la Iglesia, “existe para evangelizar”. Todo dinamismo, actitud, costumbre, estructura que tienda a convertir la comunidad religiosa en un ghetto la transforma automáticamente en un grupo “no evangélico”.

¹ Título muy feliz del Capítulo III de nuestra Regla de Vida que no dice “Vida de comunidad”, sino “Comunidad de vida”. No se trata sólo de un matiz semántico.

² Según nuestra Guía de Formación es el *ámbito* número 1. (GdeF 39 y también 40 a 43). Pero no sólo es un “ámbito”, también es “agente” de formación, aunque en la Guía no aparezca en la lista de los *agentes* (26 a 37). Sin embargo sí que la Guía le reconoce explícitamente a la comunidad el papel de “formadora” en diferentes momentos: véase por ejemplo, N° 204, 209, 88, 129... En muchos momentos se menciona que la comunidad es *responsable* de la formación de sus miembros.

³ Puede verse también el insuperado documento de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, “La vida fraterna en comunidad”, 1994.

⁴ A veces usaré un lenguaje más “inclusivo” y otras veces usaré simplemente “hermano”, como aquí. Soy consciente de que la misma palabra “fraternidad” hace más referencia al género masculino, y que habría que usar “sororidad”. Para simplificar el lenguaje, no siempre haré referencia explícita a ambos géneros.

- b. La comunidad religiosa forma parte de una red más amplia: la provincia, la congregación, la “Familia marianista”, la Iglesia, la sociedad civil. La *vitalidad* de la comunidad depende en gran manera del “ida y vuelta” que se produzca en las relaciones de la misma con su “entorno”. Una comunidad cuyas “fronteras” no sean “permeables” está condenada a la muerte. Por otra parte, una comunidad que no tenga algún tipo de “fronteras” que le den identidad y le garanticen los indispensables espacios de intimidad, también está condenada a desaparecer porque el entorno se la “tragará”.
- c. La comunidad religiosa tiene a Jesús Resucitado en su centro. Debería estar demás recordarlo. Pero si esa presencia no se visibiliza, no se explicita y no se “siente” en la vida cotidiana, la comunidad quedará no será más que un grupo de amigos o de trabajo y terminará “disgregándose”. La cohesión que necesita la comunidad, como todo grupo humano, le viene del amor. Y la fuente del amor cristiano es la conexión existencial con Jesús que nos ama a todos y cada uno incondicionalmente y nos convoca a vivir en la unidad.
- d. La comunidad no es algo adquirido para siempre. Se construye día a día. Es un organismo vivo. Como todo organismo vivo necesita “alimentarse”, si no se muere. El principal alimento de la comunión es el diálogo.
- e. La comunidad no existe “como tal” y no es el resultado matemático de la suma de sus integrantes. Las que existen son las personas que la integran y que la construyen y reconstruyen cada día. Sin “sujetos”, sin personas con capacidad de hacerse hermanos y/o sin deseos de serlo, sin suficiente solidez personal, autoestima, identidad... no es posible una comunidad viva, orgánica y plenamente humana. Fácilmente se caerá en la “uniformidad”, uno de los grandes peligros y enemigos de la auténtica fraternidad cristiana.
Sin embargo es verdad que en la medida en que los vínculos entre las personas son más profundos y auténticos va surgiendo *algo nuevo*. Esos lazos van generando una trama de relaciones, una comunión, incluso inconsciente, a la cual no se le puede negar “realidad” dada la influencia *real* que tiene sobre cada una de las personas⁵. Es muy interesante darse cuenta como, por ejemplo, en un grupo donde se dan relaciones profundas y significativas entre los miembros comenzamos a soñar unos con otros. Jung diría que en el grupo va surgiendo un “inconsciente colectivo”.
- f. La comunidad debe satisfacer las necesidades humanas básicas de sus miembros⁶: quiero destacar la necesidad de “compartir la intimidad”⁷, de una vida cotidiana

⁵ Uno estaría tentado de decir “la comunidad no existe, existen las personas que la integran”. Lo cual no deja de ser cierto, pero también es verdad que existe “algo” que trasciende muchas veces las fronteras del tiempo y del espacio y se constituye en una influencia, en un factor condicionante, en fuente de riqueza e inspiración, en espacio de contención, lugar que otorga o afirma la identidad personal (GdeF 209), etc., de tal manera que al menos “por sus efectos” no podemos dejar de reconocer que el “conjunto de relaciones” fruto de nuestros vínculos, tienen una “existencia real”. No dejo pasar la oportunidad de sugerir que aquí tenemos una pista para pensar en la Trinidad como modelo de la vida fraterna, como lo sugieren tantos documentos de la Iglesia y muchos teólogos de la VC. ¿Qué es la Trinidad sino un conjunto de relaciones? Es justamente la *relación* lo que da identidad a cada una de las Personas.

⁶ Ver las que señala la Regla de Vida, en el artículo 3.4. También se habla de nuestras “necesidades materiales” en el Art. 25.

⁷ La palabra “intimidad” refiere al “mundo interno” de cada uno (sueños, dificultades, historia, problemas, crisis, necesidades y deseos...). No estoy hablando de “intimidad sexual” y menos “genital”. Aclaración que puede ser necesaria en algunos contextos culturales. En relación con la “intimidad” hay un *derecho* a que nadie me la atropelle y la invada (derecho al pudor, a mi “secreto”); y hay una necesidad (es decir, “deber”) de compartirla con alguien; sea amigo/a, acompañante espiritual, animador de la comunidad, hermano, confesor...

“equilibrada” (descanso, trabajo, oración y formación, examen, compartir, entrega a los demás...), de soledad y comunión. Necesidades del cuerpo, de la psique y del espíritu. Desconocerlas, pretendiendo que por ser religiosos estamos más allá de las necesidades básicas del resto de los mortales, lleva a la soberbia y a la deshumanización.

- g. Por último digamos citando a la Guía de Formación: *“La formación es un proceso resultante de una serie de interacciones y relaciones interpersonales en el seno de un ámbito social determinado”*⁸. Es una muy buena síntesis para afirmar el profundo nexo entre “formación” y “relaciones humanas”. Este *proceso* se realiza privilegiadamente en la comunidad⁹.

2. Lo que se espera de la comunidad formativa. Perfil del “nuevo” religioso.

- a. Nota (casi innecesaria): Toda comunidad está llamada a ser “comunidad formativa”. Porque la formación dura toda la vida. “Dejarnos transformar en Cristo” – objetivo de la formación y de la vida cristiana – es un proceso que nunca se puede dar por terminado.
- b. Lo que se puede esperar¹⁰, entonces, de toda comunidad es que ofrezca los instrumentos, la estructura mínima, las personas indispensables (por su número y su calidad) para favorecer el crecimiento humano y religioso.
- c. Y el elemento clave para todo ello es que entre los miembros se establezcan relaciones - vínculos humanos auténticos, profundos, transparentes. En definitiva la comunidad, como todo grupo humano (la familia...) es un conjunto de relaciones que generan una mutua interdependencia. Se crece en el encuentro con el otro. Se adquiere identidad psicológica y religiosa en el encuentro con el otro y con la otra. Las “agendas encubiertas”, la superficialidad, los bloqueos, prejuicios, actitudes defensivas... y todo aquello que impida el encuentro interpersonal impide y mata la vida fraterna.
- d. ¿Se necesita hoy un nuevo tipo de religioso¹¹? ¿Qué notas tendría, cuál sería su perfil en relación con la vida fraterna?
 - Aunque suene “pretencioso” y choque a ciertos oídos, hay que convenir que estamos necesitando un “nuevo tipo de religioso/a”. No porque fueran “malos” los de antes, sino porque nos lo exige la teología y la espiritualidad “conciliar” y el contexto cultural y eclesial en que vivimos.
 - Algunas de esas notas serían:

⁸ Guía de Formación, 38.

⁹ Guía de Formación, 39.

¹⁰ Me atrevo a decir “lo que tenemos derecho a esperar”, porque es lo que la Regla de Vida nos “promete” y nos invita a vivir. La Regla, entre otras cosas, establece los “derechos” y los “deberes” de los religiosos. No sería ético ofrecer e ilusionar a los “nuevos” integrantes de nuestra familia con comunidades que “no existen”, y lo que es peor, a veces no estamos dispuestos a construir.

¹¹ Tal vez en vez de decir “un nuevo tipo de religioso” sea más exacto decir “un religioso con un nuevas actitudes o capacidades”.

- Tener una fuerte “estructura interior”¹² que le permita vivir “a la intemperie”, sin mimetizarse con “el mundo”, siendo capaz de resistir a sus insinuaciones y demandas.
- La capacidad de asumir la soledad y de sentirse a gusto estando “consigo mismo”. No tener necesidad de andar buscando por allí quien le quiera y le ofrezca los cuidados que tal vez no recibió a lo largo de su vida. Que sepa cuidarse a sí mismo. Pero a la vez que sienta un fuerte deseo y tenga la capacidad de compartir, de salir de sí mismo; una persona muy consciente de no ser autosuficiente. Que experimente que sigue siendo verdad que “no es bueno que el hombre esté solo” y sepa compartir su intimidad y recibir la intimidad de los demás.
- La capacidad para el diálogo. Sea diálogo intergeneracional, interreligioso, intercultural, intercongregacional; también el diálogo entre hombre y mujer. Diálogo intraeclesial y extraeclesial. Diálogo dentro y fuera de la Familia Marianista. Diálogo con los que “están fuera”: excluidos por el sistema social y económico, o por el “sistema religioso”.
- La capacidad de *colaborar*, sin protagonismos ni privilegios, situándose al lado, sabiendo acompañar...
- Y se podría hacer una larga lista. No soy muy partidario de alargar estos “perfiles”, pero añadiría como actitudes básicas: ser inclusivo, tolerante, flexible, abierto, capaz de adaptarse, cercano, acogedor...¹³

3. Desafíos y dificultades

a. Desafíos, entre muchos que se podrían señalar:

- *Que no existe un modelo de comunidad a imitar.* La “uniformidad” de la “vida de comunidad” de antes es impensable. Ese modelo (fundado en la regularidad) rígido, uniforme... “explotó” y su fruto ha sido y sigue siendo como reacción natural, la anarquía y el individualismo. Hoy tenemos que *inventar* un nuevo estilo de comunidad. La Regla nos da valiosas orientaciones, pero no recetas. ¿Tendremos la capacidad y el interés de hacerlo? ¿Invertiremos en ello las energías que todo nuevo proyecto requiere para hacerse realidad?
- *Integrar las diferencias.* Es el otro gran desafío. La diferencia intergeneracional es hoy también diferencia intercultural. Hay más semejanza hoy entre un joven de España y uno de la Argentina, que entre un adulto de España y un joven de España, etc. Pero saber convivir, quererse, apoyarse mutuamente, poder dialogar entre los que

¹² Por “estructura interior” no sólo entiendo una persona sólida en sus convicciones, con una sana autoestima, etc..., sino con hábitos adquiridos de discernimiento espiritual, en la línea de lo que pide la Regla de Vida en el artículo 11.

¹³ Como se puede apreciar son “virtudes” (actitudes, modos de proceder) que tienen que mucho que ver con el “talante marianista” que se inspira en el misterio de la Encarnación.

somos tan diferentes por tantas razones, tal vez sea el gran signo que hoy tengamos que presentar a un mundo intolerante, violento, excluyente, disgregador, donde crecen los fundamentalismos que cierran toda puerta al diálogo y a la convivencia pacífica.

- b. **Dificultades:** También me detengo en alguna que hoy me parece más significativa.
- *La historia de cómo llega cada uno a la comunidad*¹⁴. Es, seguramente, el factor más determinante. Por razones conscientes e inconscientes.
 - *Conscientes:* Debería estar claro que todos deseamos, buscamos “lo mismo” en la comunidad. Si uno pretende una “cómoda pensión”, otro una excelente “plataforma apostólica” y otro “afecto y cariño”... será bien difícil que podamos ponernos de acuerdo y que todos quedemos satisfechos. ¿Estamos seguros que todos estamos queriendo, necesitando (básicamente) lo mismo de la comunidad?¹⁵
 - *Inconscientes:* Porque muchas de mis actitudes están influidas y condicionadas por mi historia personal. Es diferente llegar a la comunidad habiendo sido hijo único que miembro de una familia numerosa; haber sido el mayor o el menor de la familia; que haya habido padres que se hicieron cargo, pusieron límites ofrecieron seguridad, o que los padres “no existieran”; no es lo mismo llegar con una necesidad grande de seguridad y protección o con una gran necesidad de “oxígeno” porque las experiencias pasadas de vida comunitaria nos asfixiaron, etc. Todos estos factores pesan de modo más o menos visible a la hora de construir la fraternidad.
 - *El individualismo:* Se podrían decir y matizar muchas cosas en relación con ello. Habría que hacerlo para ser justo y ponderar su influencia y sus aspectos más o menos positivos y negativos en las diferentes culturas. No se puede negar el valor del “individuo”, del sujeto, como ya se indicó. Pero la afirmación absoluta de cada individuo como “centro de la galaxia” conduce a que existan infinidad de galaxias, no un “sistema solar”.

¹⁴ Es tarea de cada uno y de cada comunidad tomar conciencia, darse cuenta, de los condicionantes que tenemos. Señalaré algunos ejemplos, que se podrían multiplicar: ¿cómo influirá en la vida fraterna la trayectoria de un joven que esté más acostumbrado a las relaciones “virtuales” que “reales”? ¿Cómo influirá el que se llegue más acostumbrado a “consumir” comunidad (recibir todo hecho sin poner el menor esfuerzo), o que se llegue con el hábito de “construir” comunidad, porque en su historia personal se debió hacer cargo de su familia, o se le generaron hábitos de participación y de responsabilidad? ¿Qué experimentará cuando “descubra que la comunidad no está ahí para él, para ser *gozada* por él, y de que, si quiere algo de ella, tiene que dárselo previamente”; o cuando “en lugar de un hogar cálido encuentra en ella una tarea exigente”? (GdeF 143). Etc.

¹⁵ El “Proyecto comunitario”, que muchas comunidades elaboran a principio de año debería expresar eso. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Por qué nos hemos reunido? ¿Qué es lo que necesita, desea, busca cada uno? Muchos proyectos son “papel mojado”; o puras teorías, o un simple horario o reglamento, porque no tienen en cuenta las verdaderas necesidades de los miembros de la comunidad. Muchas veces se han repetido sin ninguna creatividad de año en año aunque los miembros de la comunidad hayan cambiado. ¿Responden esos Proyectos a lo que cada uno de los miembros de la comunidad necesita y a lo que el entorno y la misión que se nos confió esperan de nosotros? ¿Tienen capacidad de movilizar nuestras energías, nos entusiasman? Normalmente no se suelen recordar demasiado durante el año.

El primer paso del discipulado ha sido y seguirá siendo el “negarse a sí mismo”. No como requerimiento masoquista, sino como requisito para abrirse a los demás y ser-con-los-otros.

Pero, ¿puede alguien “*negarse a sí mismo*” si antes no se ha “*afirmado*”? La raíz del individualismo (además del bombardeo cultural que nos invita a que “hagamos la nuestra”) está en la falta de autoestima. La exagerada afirmación del “sí mismo” (del “ego”) se debe a una falta de aprecio por uno mismo. Cuando se ha adquirido identidad y un suficiente sentimiento de autovalor, se está listo para “negarse a sí mismo” y para poder integrarse a una comunidad sin miedo a perder nada y sin la necesidad de “conquistar” a nadie.

4. La comunidad formativa como “comunidad terapéutica”¹⁶

- a. Hay que recordar primeramente ese “doble juego” del que partimos: formamos para la vida fraterna, y la vida fraterna nos forma. Está claro que tenemos la capacidad innata de ser “seres sociales”, pero también es claro que debemos desarrollar esas capacidades, ser “educados” para vivir como hermanos(as). También es casi obvio que esas capacidades se desarrollan y cultivan en la relación con los demás. Primeramente en la familia. Luego en la escuela y en todo grupo primario en el que nos vamos desarrollando. Estas capacidades se desarrollan cuando el grupo o la comunidad son un ambiente propicio para la afirmación de nuestra identidad. La comunidad es el espacio donde se da el paso del “yo” al “nosotros”. Dos cosas especialmente se necesitan para que ello acontezca:

- Que en la comunidad encontremos “confianza”. La “confianza básica” es la primera necesidad que tenemos para poder crecer sanos. Confianza, aceptación y amor incondicional es lo que todos necesitamos para sentirnos “seguros” y es allí donde se fundamenta la autoestima. Jesús mismo necesitó ser *afirmado* por su Padre: “Tú eres mi hijo muy amado”. En la comunidad todos deberíamos escuchar, o la menos sentir, “Tú eres mi hermano muy amado”.
- Que existan “límites”. Una de las razones por las que creo muchos jóvenes buscan “instituciones muy estructuradas”, es que están buscando, tal vez inconscientemente, la “seguridad” y los límites que no han tenido a lo largo de su vida. Los *límites* otorgan identidad. Aprender a reconocer los propios límites y los de los demás, aceptar las *limitaciones* de la vida y de la comunidad, es un factor indispensable para el desarrollo humano. La “omnipotencia infantil” se supera con la “crisis de realismo”, y ella se produce en contacto con los propios límites (mi propia realidad) y la realidad de los demás. Más que “maxima paenitentia” los demás (aún las personas más difíciles) me estimulan a crecer y a sacar lo mejor del fondo de mí mismo.

¹⁶ David Fleming en su Circular le llama “comunidad enfermería”, páginas 129 y 136.

- b. El clima de confianza es un clima de libertad. En ese clima se permite experimentar y cometer errores. Me refiero a una libertad que siempre tiene como compañera a la responsabilidad, es decir la capacidad de hacerse cargo de las decisiones tomadas y de las consecuencias de las propias acciones. Y a una experimentación que siempre va acompañada por el *examen* (evaluación). Sin examen las experiencias no dejan enseñanzas.
- c. Una comunidad religiosa no tiene como primer objetivo ser una “comunidad terapéutica” cuyo objetivo sea “garantizarnos la salud”. Nos reunimos para “desvivirnos” por los demás, no para cuidarnos egoístamente. Aunque sí se pueda y se deba decir que es una “comunidad de salvación”. Y sabemos que ambas cosas, estar “*sanos y salvos*” están muy relacionadas. Nuestras comunidades, por lo tanto, deberían ser fuente de “salud integral”. Hay algunos grupos, familias y comunidades que son “terapéuticos” (transmiten vida, salud, curan) y otros “iatrogénicos” (producen enfermedad y heridas, hacen daño).
- d. Sabemos que:
- “La gracia supone la naturaleza, y sobre ella y con ella se edifica la persona. La teología de la VR repite que la vocación religiosa se sustenta en una lúcida experiencia de conocimiento personal de sí mismo y de los otros, de trato adecuado consigo mismo y con los demás, y de relación madura con las criaturas y con Dios”, Guía de Formación, N° 62.
 - Necesitamos de un cierto grado de salud psicosexual. “El equilibrio afectivo. La madurez emotiva y psicológica es indispensable; sólo así el candidato podrá dedicarse de una manera clara y continua al trabajo de la formación en la vida religiosa. Si tiene situaciones familiares, afectivas o sexuales complicadas sin resolver, difícilmente podrá centrar sus energías en la acción formativa”, Guía de Formación, N° 96.
- e. Por lo tanto hay que señalar que:
- Hay procesos de crecimiento personal que conviene que se hagan antes de entrar a formar parte de la comunidad religiosa. Por muy diferentes motivos está fuertemente indicado que se hagan “en el mundo”.
 - Hay determinadas situaciones personales (ciertas enfermedades psíquicas, adicciones...) que las comunidades religiosas no están en condiciones de “sanar”. Evitar dos típicos riesgos: la ingenuidad y la omnipotencia. Debemos reconocer nuestros límites. Hay cosas que “no se pueden”; y para su tratamiento y sanación necesitan personas y lugares especializados.
- f. Dadas las actuales circunstancias, el tejido social tan roto, la falta de contextos que “contengan” a las personas, la soledad, la misma falta de oportunidades económicas y sociales..., seguramente haya que “inventar” algo para generar esos espacios terapéuticos donde las personas puedan sanar, crecer y florecer. Es probable que la comunidad religiosa tradicional no sea el ámbito adecuado para

ello. Pero deberemos generar esos espacios y posibilidades. Muy probablemente, basados en ese elemento de nuestro carisma que es el “espíritu de familia”, tengamos más cualidades y capacidades para ello de lo que creemos.

- g. A pesar de todas estas advertencias y cuidados que estamos poniendo, no cabe duda que la “comunidad formativa” y cualquier comunidad religiosa es y debe ser terapéutica¹⁷. Lo afirmo en el sentido más estricto y *humano* de la palabra. Para ello no hacen falta cosas muy complicadas, ni personas muy especiales, ni actividades extraordinarias. Más adelante señalaré y sugeriré algunas actividades que especialmente ayudan.
- Lo que sana es el “*ambiente*” de la comunidad¹⁸. Lo que, normalmente, ha enfermado es la falta de confianza y de seguridad básica, la falta de cariño y reconocimiento, la falta de autonomía y de posibilidades de expresión de lo más verdadero de sí mismo, los ambientes hostiles y descalificadores que nos obligan a sobrevivir debajo de una “coraza”, etc. Por eso cuando una comunidad sabe generar un ambiente de respeto, tolerancia, apertura, escucha y *amor incondicional* por cada uno de sus miembros, está posibilitando la sanación de las heridas del pasado y permitiendo que sus integrantes crezcan.
 - Lo que sana son las “*personas*” que saben escuchar y acoger con empatía, sin juzgar ni condenar, que invitan a crecer, a que cada uno pueda expresar sin miedo su palabra; que saben establecer vínculos humanos y no sólo “funcionales”. No cabe duda que muchas veces es muy oportuno y hasta necesario llegar hasta la raíz de nuestras heridas para lograr una sanación definitiva. Que es necesario poner “nombre” a las cosas, a los sentimientos, identificar e incluso dar una interpretación a los acontecimientos de nuestra historia. Pero la sanación y superación de estos problemas y heridas no deriva de haberlas “visto”, identificado y “nombrado”. Menos de haber sido “interpretados” y evaluados por una determinada escuela o teoría psicológica. Lo que necesitamos es ser amados tal como somos. Y no seguir pagando precios para que nos amen. No seguir mendigando cariño, ni disimulando cuánto lo necesitamos. El amor sana. Las personas que nos aman, nos sanan.
 - “Ambiente” y “personas”: ambas cosas son necesarias. Porque la condición básica para que alguien pueda ser amado “tal como es” (sin necesidad de corazas, disfraces y chantajes afectivos), es que la persona se “muestre como es”, la transparencia. Y esto se produce en un ambiente de confianza mutua que permite que caigan las actitudes defensivas y, ¡por fin!, nos mostremos como somos.

¹⁷ Insisto que “no se la puede” con cualquier patología.

¹⁸ En la Regla de Vida de la SM es muy significativo la cantidad de llamadas y referencias que se hacen al *ambiente* comunitario, al “clima” de la comunidad: Algunos ejemplos: 32, 39, 43; 59, 60, 2,3, 3.7, 3.8, 4.5; 4.16; etc.

5. Las herramientas que tiene la comunidad para formar las personas ¹⁹

Me dedicaré a partir de este momento a sugerir y describir algunas “herramientas” que me parecen privilegiadas para construir una comunidad formadora y terapéutica. No entraré en detalles prácticos acerca de su “manejo”. En general son “medios o instrumentos” sencillos que todos conocemos. Señalaré la razón por la que algunos de ellos me parecen hoy particularmente importantes y, si procede, haré algún comentario o sugerencia sobre la forma de utilizarlos.

a. La vida cotidiana ²⁰

- No hay nada tan terapéutico o tan enfermante como una “vida cotidiana” compensada o descompensada. Se me puede decir que buscar un excesivo “equilibrio” y orden en la vida cotidiana puede ser un lujo burgués que está lejos de la exigencia que plantea el seguimiento de Jesús. Que la vida de Jesús fue “loca” y exagerada, y que “no tenían tiempo ni para comer”. Es verdad. Pero a veces los que piensan así se saltan demasiado rápido los 30 años de “vida ordinaria” de Nazaret, que estructuraron la vida de Jesús, su temperamento y su forma de relacionarse con Dios y con los demás, y le sirvieron para poder presentar el Reino con las “parábolas de la vida ordinaria” (sembrador, oveja perdida, levadura...). Y, lo que es peor, se olvidan (a veces) que Jesús supo combinar “itinerancia” con aceptación de la hospitalidad en las casas de la gente; oración (aunque debiera ser de noche) con predicación y curación de enfermos; momentos de soledad con “Betanias”; presencia y “dejarse comer” por las multitudes y ratos prolongados de charla a solas con los más próximos; sentido de urgencia de la misión que “obliga” a andar y andar sin entretenerse por el camino y “miniturismo” por el desierto o en la región de Tiro para darse un respiro.
- Los excesos siempre se terminan pagando. Lograr un “ritmo”, unos rituales sanos que permitan “disfrutar de la vida”, estar en lo que estamos, vivir sin estar permanentemente tironeados por mil cosas, tener centradas nuestras energías y no sentir que nos demandan demasiadas actividades diversas, es fundamental. Así se puede estar con la cabeza y el corazón donde hay que estar. Y ofrecerlo a quien está a mi lado, a quien vino a pedirme que lo escuche, sin estar con la “cabeza en otro lado”, pensando en lo que tendré que hacer después o deseando que la persona se vaya porque me caigo de cansancio.
- Por tanto, elaborar un Proyecto personal y comunitario “compensado”, donde no falten los espacios para las cosas importantes, que nos permita disfrutar de la vida... es la primera tarea que debemos enfrentar.

¹⁹ Soy consciente de que dejo muchas otras de lado. En especial hubiera merecido decirse algo sobre el “Discernimiento comunitario”, dado que es una de las nuevas formas en que hoy podemos resignificar el “voto de obediencia”.

²⁰ Vale la pena destacar como la GdeF señala como un medio formativo *importante* durante el noviciado (es el segundo medio que ofrece luego del acompañamiento espiritual), “la vida comunitaria en su acontecer cotidiano (104).

- Hay que generar una nueva “mística” de la vida ordinaria. Que nos ayude a descubrir la presencia de Dios en las cosas, lugares, acontecimientos más sencillos y simples de cada día.
- Y la razón, en el fondo es una sola: no tenemos más vida que esta vida cotidiana, la real, simple, vulgar, la de todos los días. Hay trabajo que hacer para transformarla y para permitir que ella también nos transforme.

b. Los espacios que sanan. Generar espacios de comunicación ²¹.

- A lo largo de estos años he ido descubriendo que muchas veces lo único que me tocaba hacer como formador era generar (facilitar) espacios, oportunidades, de encuentro y de comunicación interpersonal profunda. Me fui dando cuenta que cuando se generaban estas oportunidades, “pasaban” cosas no previstas ni imaginadas por mí.
- La estrategia consiste, entonces, en favorecer y multiplicar instancias que permitan el encuentro comunitario, la relación interpersonal profunda, sin máscaras... Esos espacios y esos tiempos son sanadores. En ellos acontecen cosas que no podemos controlar, por eso a veces podemos tener algunos miedos frente a ellos. Los formados (y los miembros de cualquier comunidad) se “forman” entre ellos, se ayudan, se estimulan, se corrigen, se acompañan,... Se establecen relaciones de amistad. Se puede abrir la propia intimidad a los demás, siempre con inmenso respeto y libertad para hablar o no.
- Muchas veces he visto como, por fin, salía a luz un “secreto” guardado durante años, me he sentido emocionado al escuchar una confidencia y al ver emocionado a un hermano, “dando a luz” una palabra nueva, superando un miedo a hablar, el miedo a dejar de ser querido si alguien se entera de que...
- Desde luego que el requisito fundamental es generar un ambiente de escucha empática y de aceptación y acogida incondicional de lo que se diga. Y el compromiso de guardar “sigilo”. Cuando en una comunidad somos capaces de regalarnos mutuamente trozos de nuestra intimidad, de nuestra historia, de nuestra vida, estamos de verdad construyendo la fraternidad que se funda en el amor al otro tal como él es.

c. Corrección y afirmación fraterna

- Es un mandato evangélico que nos ayudemos a crecer. Que nuestro amor mutuo se manifieste a través del compromiso con el crecimiento del hermano. Para ello hace falta que nos digamos “lo positivo y lo negativo”.

²¹ En la etapa del Prenoviado en la GdeF se llega a hablar de “acompañamiento comunitario” como uno de los medios más importantes para alcanzar los objetivos de la etapa (GdeF 83). Y en la etapa de “La integración en una comunidad apostólica”, “la comunidad” es el primer medio que se destaca.

- Siendo conscientes de que somos una comunidad integrada por hombres que estamos marcados por el pecado²² harán siempre falta mecanismos para que salgan cosas que de otra manera quedan escondidas; mecanismos para “limpiar relaciones”; para superar los conflictos; espacios que favorezcan la reconciliación (el dar y el recibir perdón)²³.
- Especialmente la “corrección fraterna” exige algunos requisitos básicos a nivel humano:
 - Para “ofrecer corrección” se necesita:
 - El propio autoconocimiento: evita la proyección de nuestros propios defectos, purifica nuestra mirada, evita distorsiones y que nos engañemos; además nos permite ser comprensivos con los demás porque nos experimentamos también débiles...
 - Tener coraje, valor, no temer el conflicto o las posibles reacciones...
 - Para “recibir corrección” hace falta:
 - Un buen nivel de autoestima: nos permite “exponernos”, tolerar y sopesar lo que se nos dice; no “hacernos un mundo” por una pequeña o gran crítica que nos hagan,...
 - El deseo de mejorar, de cambiar, sabiendo que los demás ven dimensiones de mi vida que yo no puedo ver. Tenemos todos “zonas ciegas”.
- Y es una herramienta muy buena para conocernos más a nosotros mismos:
 - ¿Por qué me cuesta tanto decir algo que está mal, o felicitar a otros?
 - ¿Qué capacidad tengo de recibir una crítica?
 - ¿Por qué todos le señalan a un hermano una virtud que yo “no puedo ver”?
 - ¿Qué dicen de mí, que yo no puedo ver?
 - ¿Por qué a mí me hacen tanto ruido tales y cuales defectos de algunos hermanos que a otros parecen no importarles?
 - ¿Coincide la imagen que yo tengo de mí o la que creo que los demás tienen de mí, con la que me están devolviendo mis hermanos?
- Existen múltiples formas y dinámicas para hacerla: Desde luego hay que tratar de seguir la pedagogía de Jesús, que entró en precisiones notables: ¡primero se hace a nivel personal! También es útil que los formandos la hagan solos, sin la presencia del formador, porque a veces se atreven a decir cosas que delante del formador no dirían. Cuando se

²² Regla de Vida 3.10.

²³ Antes, tal vez, salían a través del “Capítulo de culpas”. Todo grupo necesita espacios “autorizados”, legítimos, para sacar lo que no funciona, expresarlo bien, en vez de reprimirlo. Cuando se reprime, las cosas se dirán mal y donde no se deben decir. Todo lo reprimido, a nivel grupal, como a nivel personal, seguirá influyendo y saldrá de una u otra manera, haciendo mucho daño. Terminaremos actuando a la defensiva, cada cual encerrado en su coraza, sin sacarnos nuestras máscaras.

hace por escrito, en forma de cartas que nos escribimos los unos a los otros, tiene un valor especial, incluso por el tiempo que le hemos dedicado a pensar en cada hermano. Los jóvenes se dicen, en general, las cosas con mucha libertad y sinceridad.

d. Compartir la fe y la Palabra

En mi experiencia, nada crea tanta comunidad como compartir la fe y la Palabra, cuando se hace desde la propia experiencia personal. La fuerza transformadora de la Palabra compartida, de la “Lectio divina” hecha en comunidad, la han redescubierto las comunidades religiosas en América Latina hace ya bastante tiempo. No se trata simplemente de orar juntos. Se trata de orar juntos compartiendo nuestra propia historia personal y colectiva y partiendo de ella.

Siendo capaces de poner delante de la Palabra nuestra realidad, nuestra historia. Y de esa manera descubrir cómo la historia de salvación se va gestando y entremezclando, abriendo camino en nuestras historias personales y en la historia de nuestro pueblo.

Y Dios nos habla a través de lo que cada hermano y hermana van compartiendo acerca de lo que Dios nos quiere decir hoy, con esa Palabra que vamos rumiando juntos. Juntos también le respondemos a Dios y nos comprometemos a vivir como Él nos pide.

Pero, ¡qué poco le sacamos el jugo a esta inmensa riqueza que tenemos! ¡Cuánta liturgia vacía y formal! ¡Qué pocos espacios para compartir la fe y las razones últimas que nos mueven y dan sentido a nuestras vidas! ¡Cuánta rutina en nuestras expresiones religiosas y cuánta superficialidad!

Nuestras formulaciones son maravillosas. Tan maravillosas que ya no nos las creemos. “La Eucaristía es el centro de nuestra vida diaria”²⁴. ¿Es verdad? ¿O estaremos haciendo un culto vacío porque nada tiene que ver con la vida, como tantas veces lo denunciaron los profetas? ¿O estaremos comiendo y bebiendo nuestra propia condenación, porque hay divisiones entre nosotros?²⁵ ¿O deberemos dejar la ofrenda ante el altar para reconciliarnos primero entre nosotros?²⁶ ¿O estamos juntos en la capilla pero cada uno está en lo suyo porque hasta llegamos a hacer “acepción de personas”?²⁷

Creo en la *eficacia* de los sacramentos y en el *poder* de la Palabra, pero también es verdad que la Palabra puede caer en el camino o en terrenos no propicios para que ella germine.

Sin embargo es cierto que la Palabra de Dios tiene una fuerza especial para construir la comunidad. Sería deseable que cada día en comunidad compartiéramos lo que nos dice la Palabra que se proclama en la Eucaristía. Y que de verdad creamos que todos tenemos el Espíritu y que Dios habla a

²⁴ Regla de vida 50.

²⁵ 1 Corintios 11,17-34.

²⁶ Mateo 5,23-24.

²⁷ Santiago 2,1-13.

través de cada uno. Pero además es importante que la comunidad tenga un momento semanal para compartir la Palabra; para construirse en torno a ella; que practiquemos la “Lectio divina” comunitariamente.

Las formas de hacerla son variadas y hoy día bien conocidas. Lo que añadimos en nuestra comunidad (y en otras que conozco) es un primer momento para compartir algún hecho de vida que tenga relación con el texto escogido. Algo que se haya vivido, de la propia historia..., que sitúa en un contexto vital el texto con el que vamos a orar y, además, le sirve a cada hermano para darse a conocer un poco más a toda la comunidad. Experiencias de la vida pasada de los hermanos que han salido en este contexto han marcado la historia de nuestras relaciones comunitarias para siempre.

El resto son los tres clásicos momentos:

- ¿Qué dice el texto en sí mismo? Irlo reconstruyendo entre todos. Analizarlo, comentar diversas interpretaciones, diversas traducciones, notas al pie de página que traen las Biblias, textos paralelos que recordemos, en qué contexto está situado. Aclararnos las dudas que puedan surgir.
- ¿Qué me dice o nos dice el texto? Dialogar con el texto, dejar que nos mueva por dentro, que nos hable más personalmente, más allá de las “exégesis” o interpretaciones más teóricas que podamos hacer. A mí esta Palabra me dice, me pide, me cuestiona, me exige, me llama, me interpela... Aplicar el texto a nuestra vida personal, comunitaria y social; descubrir su sentido actual.
- ¿Qué le digo y qué le decimos nosotros a Dios, movidos por esta Palabra? Es el momento de orar, de agradecer, pedir por, pedir perdón... Es el momento de nuestra respuesta a la Palabra de Dios.

e. Las reuniones de comunidad

Son también un espacio privilegiado para generar comunión. Desde luego que deben ser deseadas y esperadas como un tiempo especial de encuentro fraterno. Cuando quedan en “pasar información”, hablar sobre un tema, planificar la misión... y no se pone en juego cada uno compartiendo cómo estamos, cómo hemos llegado hasta aquí, qué nos está pasando personalmente o como comunidad, pueden ser reuniones eficaces y necesarias, pero no contribuyen de modo especial a generar comunión y salud a nivel personal y comunitario.

Creo que siempre deberían empezar con un compartir muy sincero de cada uno acerca de lo que vivió en la semana que pasó. ¿Cuáles fueron los hechos más significativos? ¿Por dónde cada uno ha sentido el paso de Dios en su vida? Acontecimientos que nos hayan conmovido, interpelado. ¿Qué nos preocupa en este momento? ¿Cuál es mi estado de ánimo? Alguna situación personal que sea bueno que la comunidad conozca, comprenda, oriente, discierna...

Sabemos que en muchos lugares y ocasiones estamos lejos de ello. Para los animadores de comunidad la reunión semanal es uno de los momentos más difíciles. Para muchos hermanos un formalismo, fuente de aburrimiento. Hay que recrear este espacio como un tiempo gratuito de encuentro con los otros. Un tiempo “festivo”, donde nos regalamos unos a otros nuestra presencia que manifiesta el interés y el cariño por todos los demás.

f. Cuidar juntos la casa. El hábitat.

Entre muchas otras herramientas de las que disponemos para construir la fraternidad, termino señalando “el cuidado de nuestro hogar”. No somos ángeles. Necesitamos espacios acogedores, “nichos ecológicos”, también materiales, en los cuales desarrollar nuestra vida. Esto nos importa y afecta especialmente como varones, dado que las mujeres tienen una sensibilidad especial sobre este punto y suelen descuidarlo menos.

Conservar el orden, la prolijidad, los detalles, la decoración, una “sobria belleza”, poner de relieve algunos signos religiosos que evidencien la identidad de nuestra comunidad, hacernos cargo de las tareas domésticas (nos ayuda a “domesticarnos”, a hacernos más “caseros” y a sentirnos más a gusto en nuestra casa), responsabilizarnos de las compras, la comida, la limpieza... Todo ello nos va “humanizando”, nos ayuda también a integrar nuestro lado “femenino”, a valorar lo concreto, lo pequeño. Nos aporta otro criterio sobre el uso del tiempo menos en función de la eficacia de la pastoral y del trabajo y más en función de la gratuidad y de la vida. No insisto.

Sin entrar en el lugar social donde debe estar situada nuestra casa (dependerá bastante de la misión que se tenga y de las personas que conforman la comunidad) y dando por descontado que en cada Unidad deben existir algunas comunidades que vivan *entre* los pobres y ojalá *como* los pobres, sí señalo como criterio importante para una comunidad Religiosa, que *por lo menos*, no sea inaccesible a los pobres. Que puedan tocar a la puerta, “molestarnos” pidiéndonos un pedazo de pan; ojalá encuentren también un lugar donde compartir un plato de comida. Una comunidad que no puede “escuchar” el clamor de los pobres, debería preguntarse tranquila y honestamente si está sirviendo al Dios de Jesús²⁸.

Nuestro hábitat probablemente no puede ser una “casa” como las “normales” en una “villa miseria”²⁹. Pero debe estar en tal lugar y situada de tal manera que nos permita “dejarnos afectar” por los pobres. Como Dios se “dejó afectar” por el clamor de su pueblo. La Guía de Formación habla del “Principio de comunión con los más pobres, necesitados y olvidados”, porque la formación no puede vivirse a espaldas de la influencia de la *sociedad*, a la que la Guía no considera como un “peligro” sino como un “ámbito de formación”³⁰.

²⁸ Una comunidad que sea un búnker no tiene nada que ver con el estilo que Jesús quiso para sí mismo y para la primera comunidad de sus discípulos. Ni eso fueron las primeras comunidades cristianas que se reunían en las casas.

²⁹ Campamento, pueblo joven, chabola...

³⁰ “Principio de comunión con los más pobres, necesitados y olvidados (RV 2.7), conscientes de ser enviados a ellos por el Señor, urgidos por la venida del Reino de Dios. *La convivencia con los pobres y los marginados es muy importante en la formación*” (GdeF 51).

6. Los requisitos para el diálogo y los condicionantes el diálogo³¹

Ya me he referido a la importancia del diálogo. Ahora quisiera detenerme en tres notas que afectan al diálogo y lo condicionan:

a. *La transparencia y la intimidad*

El diálogo permite el encuentro interpersonal profundo cuando las personas están decididas a ser “transparentes”. Cuando se relacionan desde la verdad de sí mismas y no desde el rol que desempeñan; ni desde la imagen que quieren conservar ante los demás; ni desde sus “intereses” más o menos manifiestos; y menos desde el deseo de manipular a los demás. Supone, lógicamente, la voluntad y la capacidad de escuchar. Pero además exige el respeto por la intimidad. La propia y la de los demás. Nunca se puede “forzar”. Siempre se debe generar un clima de libertad en el que cada uno comparta lo que pueda y hasta donde quiera. La revelación de la propia identidad a los demás siempre suele ser *gradual*. No es un buen síntoma de salud psíquica un “striptease” alocado. Un cierto pudor es síntoma de salud.

b. *Los condicionantes que genera mi percepción y mis creencias*

La relación con los demás comienza por una “percepción exterior”. Todo comienza por los sentidos. A partir de lo que percibo en el otro, se genera en mí un sentimiento (agrado, rechazo, confianza o desconfianza, simpatía o antipatía, seguridad, temor...). Ese “sentimiento” me lleva a “imaginar que el otro es de tal o cual manera”, comienzo a elaborar un juicio. Sin otro fundamento, más que lo percibido y lo que yo siento, me voy formando una “imagen” del otro. Esa imagen que elaboro rápidamente pasa a ser un juicio. Yo creo que el otro es de tal o cual manera. Lo he “clasificado”, le adjudico tales o cuales rasgos. Estos rasgos están normalmente asociados, inconscientemente, a lo que viví en otras experiencias que tuve con personas que tenían cualidades similares.

Y cuando yo me relaciono con una persona aquello que pienso de él es decisivo. Si *creo* que es una persona buena, confiable, respetuosa, honesta, humilde... me relacionaré de una manera; y si creo lo contrario el modo de relacionarme con él será muy diferente. Si creo que es una persona sencilla no pondré mayores defensas, pero si creo que es manipulador andaré con cuidado para no dejarme manejar³².

Pero eso no es todo. También influye mucho “lo que yo pienso que el otro piensa de mí”. El mecanismo antes descrito suele incluir un paso más. Yo pienso que el otro piensa y siente sobre mí de tal o cual manera. Creo, por ejemplo que le caigo simpático, que él piensa de mí que soy una persona agradable y sencilla, creo que

³¹ Hay mucha literatura sobre este tema, de modo que simplemente pondré de relieve algunas cosas básicas.

³² Esto tiene en la vida práctica de la comunidad formadora innumerables consecuencias. Si yo, por ejemplo, creo que un novicio tiene vocación, me relacionaré con él de determinada manera (y aquí no me refiero sólo a los “mensajes verbales” que le transmito en la “entrevista oficial”). Si yo pienso que tal otro novicio no tiene vocación, esa “creencia” influirá en toda mi relación con él. Por más que en la entrevista yo pueda decir lo contrario, o asegure que me siento libre frente a la decisión que el novicio vaya a tomar.

el otro confía en mí... Lógicamente en ese caso tenderé a ser sencillo, confiado y bromista con él. Pero si yo pienso que el otro desconfía de mí, mi actitud tenderá a ser recelosa, rígida, formal, fría..., y seguramente este comportamiento seguirá fomentando la desconfianza del otro (o creándola si a lo mejor no la tenía y eran todas suposiciones mías)³³.

Esto es muy frecuente cuando tengo ante mí un auditorio. Si percibo, siento (sea verdad o no) que las personas están interesadas, enganchadas, atrapadas por lo que les estoy diciendo, eso potencia mi discurso, me hace hablar suelto, confiado, tranquilo, se prolonga mi discurso y aparecen nuevas ideas, metáforas... que no había pensado pero que surgen en ese espacio donde me siento a gusto como para poder “pensar en voz alta”... Pero si yo creo que a nadie le interesa lo que estoy diciendo, me pondré tenso, tal vez agresivo, y no veré la hora de terminar con mi charla.

Por tanto ser consciente de lo que nosotros pensamos que los demás piensan de nosotros (que puede no tener nada que ver con la realidad) es un factor que ayuda a limpiar las relaciones y a establecerlas no sobre “supuestos”, sino sobre la verdad.

c. *Nos comunicamos y percibimos con toda nuestra persona*

Otro factor que hace compleja la relación humana y pide que no seamos ingenuos cuando nos referimos al diálogo, es que la comunicación entre dos personas (y en un grupo) no es algo que se da sólo a nivel verbal. Ofrecemos y recibimos comunicación (mensajes) con toda nuestra persona. Trataré de explicar brevemente la complejidad de la comunicación teniendo presente la multiplicidad de mensajes que damos y que captamos a la vez en una relación.

- Hay una primera dimensión (nivel) consciente. En el que ambos damos y recibimos palabras y gestos que somos conscientes que estamos dando o recibiendo. En general las palabras que decimos, dado que “solemos medirlas”. Y también algunos gestos, aunque la mayoría de ellos son inconscientes.
- Hay una dimensión de la comunicación que es inconsciente. También por las palabras y sobre todo por los gestos. Las palabras no son sólo “palabras”: se dicen con cierto “tono” y “volumen”, algunas se repiten, transmiten ciertas emociones o no, se modulan de una u otra manera... Un mismo vocablo puede significar dos cosas totalmente diferentes según el tono de voz y el contexto... Y los movimientos del cuerpo también son significativos. La emoción en los ojos, la sonrisa, el movimiento de la cabeza, la forma de estar sentado, un respiro más hondo... El cuerpo va afirmando o negando la verdad de lo que dicen las palabras. Y esto es inconsciente.
- Pero por parte del que escucha, también se da el mismo proceso. Él también transmite palabras y gestos (consciente e inconscientemente). Pero además, *capta* lo que el otro dice de modo consciente e inconsciente. Ésta es la otra gran novedad, a la que no solemos estar atentos y es una de las

³³ Y se pueden multiplicar los ejemplos: si yo creo que a tal persona le caigo antipático, que no confía en mí, que me tiene rabia..., me relacionaré con ella de una manera. Si yo creo que tal persona me valora, me escucha con gusto, confía en mí, ... será diametralmente diferente la forma en que me relacione con ella.

razones por las cuales existen obstáculos a la comunicación que no podemos manejar, porque no tenemos conciencia de ellos.

Yo no sólo capto lo que el otro me dice con mis “sentidos”. Hay buena parte del mensaje recibido que es “decodificado” por mi inteligencia. Y todo eso será “consciente”.

Pero otra buena parte, y tal vez la mayoría, lo decodifica (como puede) “mi inconsciente”. Que asocia palabras, tonos de voz, expresiones, movimientos, sonrisas, actitudes, posturas, miradas..., con mis experiencias pasadas, con mi arquetipos inconscientes de lo que es un “amigo o enemigo”, “padre y madre”, “bueno o malo”, etc.

A veces logramos hacer asociaciones conscientes: “tal persona se parece a tal”, y eso puede ayudar a que no me confunda y que distinga las situaciones. También es importante tener claros los propios prejuicios: me ayudará mucho a no dejarme arrastrar por ellos y a poder manejarlos.

Pero si yo ignoro cuáles son los prejuicios, las barreras, los mecanismos defensivos que tal persona (grupo o situación) despiertan en mí, muy fácilmente seré manejado por ellos.

- Este nivel, inconsciente, es el lugar desde donde surgen todas la transferencias y contra-transferencias, los mecanismos de proyección e identificación (mecanismos de defensa) que complejizan las relaciones humanas y hacen que el diálogo no sea un ejercicio tan “inocente” como parecería. De aquí surgen todas las simpatías y antipatías, los amores a primera vista, la mayor o menor “química” que tenemos con las personas... Cuando somos conscientes de la complejidad de las relaciones humanas podemos tenernos más paciencia a nosotros mismos y a los demás, y ello nos ayudará a no culpabilizarnos tanto por las dificultades y fracasos, a ser más lúcidos para enfrentar las dificultades y a ser más comprensivos y justos con otros.

7. La espiritualidad de comunión

La Iglesia entera ha sido desafiada a ser “*casa y escuela de comunión*”³⁴. Difícilmente un desafío nos cuadre mejor a los religiosos, que deberíamos ser “*expertos en comunión*”³⁵.

Especialmente los varones estamos llamados a transformar nuestras comunidades en “casas”. “Casas-escuela”, primero para nosotros y luego para todos los que nos rodean.

Nuestra Iglesia necesita muchas cosas. Nuestro mundo también. Pero seguramente aquello por lo que clama más profundamente es por la “comunión” que tiene su fundamento en el reconocimiento de la inalienable dignidad de toda persona humana.

No es una “comunión barata”, que se construye a base de suprimir e ignorar las diferencias, negando a cada uno la posibilidad de decir su palabra, de disentir, de desarrollar y aportar los propios dones.

³⁴ Novo millennio ineunte, N° 43.

³⁵ Vita Consecrata, N° 46

Sin esta comunión que es fruto del Espíritu, la Iglesia se está muriendo. Se está pareciendo cada vez más a una estructura burocrática, más preocupada por defender los dogmas que las personas; más obsesionada por sus estructuras internas (que tambalean) que por el dolor de la humanidad; más entregada a una lucha interna por el poder y las influencias, que por el servicio a las dos terceras partes de la humanidad que está “arrojada al borde del camino”.

No sé si hemos recogido suficientemente la insistencia de la Iglesia a la VC de que centremos nuestras energías en vivir y ofrecer una “espiritualidad de comunión”³⁶. Por alguna razón siento que hay resistencias hasta para hablar de ello. Como que algo bloqueara nuestras energías para enfrentar este desafío. Ciertamente que hay miedo a cómo pueda ser manipulada esta expresión, y a qué se ponga detrás. A que esta “comunión” borre las diferencias, oculte las brechas, disimule los conflictos profundos, promueva una malsana uniformidad, que engendre una “falsa paz”,..., y acalle las voces proféticas que denuncian tantas cosas que deben cambiar en la Iglesia.

Por eso si la VR se convierte en un “laboratorio” donde se puede comenzar a vivir una “espiritualidad de comunión alternativa”: fundada en la verdad, la justicia, la libertad, la igualdad, el reconocimiento de la dignidad de cada uno y de las diferencias, en el diálogo sincero, en la corresponsabilidad y la participación de todos..., seguramente estará permitiendo que en ella germine el nuevo modelo de Iglesia que necesitamos: más mariana, inclusiva, horizontal, samaritana, participativa, igualitaria,...³⁷

8. Conclusión

Dos afirmaciones del documento Vita Consecrata en relación con la vida fraterna siempre me han hecho pensar:

- “La vida fraterna... como *espacio humano* habitado por la Trinidad” (VC 41).
- “La comunión fraterna es *espacio teologal* en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor Resucitado” (VC 42).

En ambas se habla de “espacio”. En un caso de “espacio teologal” y en la otra de “espacio humano”. Y creo que no son dos espacios diferentes. El espacio humano es espacio teologal. Más aún, si no existiera un “espacio humano” no podría existir “espacio teologal”.

Por tanto el desafío para nuestras comunidades es crear “espacios humanos”. Humanos y humanizadores. Muchas comunidades religiosas están todavía lejos de ello. Nos conformamos con una co-existencia lo más pacífica posible. Tratando, eso sí, de agredirnos lo menos posible y de hacernos la vida grata los unos a los otros. Pero

³⁶ Caminar desde Cristo, N° 28 y 29.

³⁷ Muchas cosas más se podrían añadir sobre la “espiritualidad de comunión”. He querido detenerme en este punto brevemente porque creo que es un especial desafío que hoy tenemos como VC, porque es como el gran objetivo que hoy se le plantea a la “formación para la comunidad de vida”, y no dudo que como marianistas deberíamos tener capacidades (carismas) especiales para vivirla. Tal vez hoy sea el nuevo nombre del “espíritu de familia”.

“existencias paralelas” no son imagen de la Trinidad ni revelan la presencia del Resucitado, que se da cuando hay “unidad”, no “yuxtaposición”.

Existe “espacio humano” cuando se da comunión “humana” (que incluye todas las dimensiones de nuestra persona: “cuerpo”, “corazón”, “mente”...) Cuando los vínculos incluyen el contacto, la cercanía, las manifestaciones de cariño y de ternura, la empatía (la capacidad de “ponerse en los zapatos” del hermano), el gusto por “perder el tiempo juntos”, la cordialidad en el trato (no la simple “cortesía”), la capacidad de involucrarnos los unos con los otros, y la posibilidad de comunicarnos sin máscaras.

Claro que, además, para que podamos percibir eso “sagrado” que habita en medio de la comunidad y en cada uno, hace falta la fe. Una fe que brota de lo más hondo del corazón (no una simple “creencia”); una fe viva y operante capaz de “conectarnos” con el misterio.

“Toda auténtica comunidad cristiana, en su componente místico primario, aparece ´en sí misma una realidad teologal objeto de contemplación´. De ahí que la comunidad religiosa sea ante todo un misterio, que ha de ser contemplado y acogido con un corazón lleno de reconocimiento, en una límpida dimensión de fe”³⁸.

No cabe duda que el renacimiento de la Vida Consagrada en este milenio (en muchos lugares “desde sus cenizas”) tendrá que ver con la capacidad que tengamos para engendrar estos hombre y mujeres apasionados por la comunión; y con la posibilidad de desarrollar comunidades que, por ser ámbitos auténticamente humanos y humanizadores, sean espacios teogales que ofrezcan al mundo la “Vida en abundancia” por la cual está clamando.

© Mundo Marianista

³⁸ “Vida en fraternidad”, N° 12. También N° 2.